

El general Manuel Ramírez de Arellano y su libro "Últimas horas del Imperio"*

INTRODUCCION

Desde que concluyó el sitio de México, el 21 de junio de 1867, supe que don Manuel Ramírez Arellano se expresaba mal contra mí, criticaba mi conducta y me calumniaba de todos modos.

Decía entonces, que era depositario de los secretos del Emperador Maximiliano, protestaba hacer revelaciones de alta importancia, y aseguraba probar mi supuesta traición, y pulverizarme con sus cargos luego que escribiese un libro que se proponía dar á luz, con este objeto.

Así se expresó en México y en su camino hasta Veracruz; así lo hizo en la Habana; y es natural que lo haya hecho en Europa.

Pero hablaba con tanta vehemencia, y daba tal acento de verdad á sus palabras, que logró engañar aún á personas que pasan por sensatas, las cuales tuvieron el candor de apresurarse á creerme culpable, sin esperar mis razones, como aconsejaba la prudencia.

Bien comprendí, desde luego, el fin que se proponía Arellano. Eran los momentos en que acababan de pasar los acontecimientos de Querétaro, que tenían horrorizado á todo el mundo. Generalmente se deseaba saber lo que allí había sucedido: por todas partes se preguntaba lo ocurrido, y hasta el menor de sus episodios era acogido con avidez, discutido, comentado y analizado. La prensa periódica se

* El título de esta parte, puesto por su autor, es: *Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada Don Manuel Ramírez de Arellano, publicado en París el 30 de Diciembre de 1868, bajo el epígrafe de ÚLTIMAS HORAS DEL IMPERIO.*—Nueva York.—1869.

ocupó de este ruidoso y triste asunto. Las cortes de Europa vistieron luto: el duelo fué general; y tan tremenda desgracia deplorada del uno al otro extremo de la tierra, aun por aquellos que antes hacían alarde de ser enemigos de la ilustre víctima.

Natural era, pues, que cualquiera que en aquellos momentos se presentase en Europa diciendo: "Yo he visto todo eso. . . . Estuve al lado del Soberano, hasta sus últimos momentos. . . . soy el depositario de sus secretos. . . . voy á darlos á conocer. . . . Escuchad que tengo mucho que decir. . . . voy á explicar esos misterios. . . . voy á descubrir al traidor. . . . voy á confundirle con mis cargos. . . . ¡Oid! . . . ¡Oid! . . . y quedaréis asombrados!!!!"

Natural era, repito, que quien así se expresara, llamase la atención de los que lo oían: excitase la curiosidad: recrudeciese el odio contra el supuesto culpable; moviese la compasión en favor del que hablaba, la admiración por su lealtad, la consideración por el puesto que había ocupado cerca del Monarca que le concedió su confianza, y sobre todo, y *esto es lo principal*, que se vendiesen más y más caras las publicaciones que hiciese, tratando estos asuntos.

Ni un momento dudé que lograría su objeto, ya por las razones que dejo expuestas, y ya porque el autor tiene la mayor habilidad para mentir, y una audacia y un cinismo, que no conoce límites, elementos muy apropiados para persuadir á quien no está en antecedentes ó no conoce la verdad ó no quiere molestarse en analizar los hechos, y cree inocente y sencillamente cuanto oye ó cuanto lee, sin ocuparse en averiguar lo cierto.

Sin embargo, como mi conciencia está tranquila, porque sé que he llenado mis deberes, y como esto puedo probarlo siempre, esperaré sosegadamente á que mi calumniador hiciese sus acusaciones y deseaba que fuese cuanto antes para saber lo que inventaba. Pasó algún tiempo, y nada dijo: entonces publiqué mi *Manifiesto* de 20 de abril de 1868, que llevó entre otros objetos el de provocar á Arellano para que hablase: pasó más tiempo, y tampoco dijo nada: creí entonces ó que había encontrado tan bien explicada la verdad, que nada le quedaba que decir, ó que no se atrevía á negarla, poniéndose al nivel de los más despreciables charlatanes; pero me engañé, y al fin, al año y medio de muerto el Imperio, apareció el folleto que Arellano tenía ofrecido, el cual no pude conseguir que llegara á mis manos, sino seis meses después.

He leído ese documento con la calma y el detenimiento necesarios para apreciar con exactitud sus conceptos; y aseguro por mi honor que había resuelto no responder nada á lo que no merece mas contestación que el desprecio; pero como por desgracia el silencio se interpreta equivocada y desfavorablemente, y como no puedo ver con indiferencia que se falsifique la verdad, me he decidido á hacer el enorme sacrificio de escribir para refutar ese libelo, que tergiversando unos hechos, desfigurando otros, inventando muchos y negando cuanto hay de cierto, es un tejido de mentiras y de absurdos dichos con tan mala fe, cuanto es mala la índole de su autor.

No se entienda que esta refutación lleva por objeto contestar á Arellano. ¡Oh! no: ¡Dios me libre de rebajarme hasta ese punto! Y tén-gase presente que lo que he dicho hasta aquí, es sólo para demostrar que al escribirse ese folleto, no se llevó ningún fin noble, decente ni patriótico; la pluma del escritor fué guiada nada más por sentimientos mezquinos, hijos de un alma miserable.

Es un fárrago de disparates, un cúmulo de necedades, una serie de contradicciones tal, que verdaderamente no se comprende, y se necesita la paciencia de Job para acabar de leer el libro sin arrojarlo de las manos cien ocasiones. Además, se ha adoptado en su redacción un lenguaje tan impropio que no podrá menos de avergonzarse su autor cuando reflexione en lo que ha escrito.

No hay un insulto que no se me prodigue, se apuraron los improperios para aplicármelos todos, mezclados con apodos y con imprecaciones asquerosas, y hasta mi herida que llevo con orgullo sobre el rostro, como blasón glorioso de lealtad y patriotismo, se ve allí escarnecida, precisamente al declarar el mismo Arellano, que la recibí salvando al Imperio, que acababa de nacer el día anterior, cuya única circunstancia bastaría para que se me considerase, como sucede en todos los países con el que presta á su patria servicios de esta clase.

No usaré el mismo lenguaje, y según mi sistema, todo cuanto diga quedará probado á continuación.

Pondré á mis capítulos el mismo número de los del libelo que refuto, para que se encuentre fácilmente cuanto digo de cada uno.

Poco será, en verdad, puesto que la mayor parte de los puntos que contiene están ya contestados en mi *Manifiesto* y no los reproduciré aquí; porque sería no acabar nunca, si cada vez que le ocurriese á cualquiera escribir contra mí, tuviese yo que empezar de nuevo con

el propio relato, las mismas pruebas y siempre iguales explicaciones. En aquel documento está perfectamente detallada mi conducta; allí se ve bien claro cuanto se quiera saber de mí; á él me remito.

Réstame sólo probar que jamás tuve resentimiento con el Emperador Maximiliano, ni era posible que yo abrigase la idea de una venganza. Así lo haré. Y como Arellano, retratándose con los colores más negros, ha querido presentarme al mundo con instintos y sentimientos que no tengo yo, presentaré á ese señor tal cual es: yo arrancaré la careta de ese hipócrita que me difama; yo probaré que es un falsario, traidor é ingrato.

Ingratitud del general Arellano

Arellano comienza su folleto con las siguientes palabras que pone al principio de su introducción:

“Si algún día la casa de Austria ó la Augusta Emperatriz Carlota pueden ocuparse de rendir á la memoria del Emperador Maximiliano los homenajes que merece, creemos que les será indispensable recoger el informe de los generales y las actas de los consejos de guerra, sobre las cuales está basada la acusación terrible y fundada que dirigimos hoy”

¡Ojalá llegase cuanto antes ese dichoso día, porque entonces compararía yo con mi informe, y se tendría que escucharme: presentaría los documentos importantes que poseo, y en ellos se reconocerían las firmas del Soberano y de los personajes que los han suscritos; haría yo el relato prolijo de los hechos, y las explicaciones minuciosas que no es posible consignar en una publicación de esta especie; se oiría la declaración de todas las personas civiles y militares que han presenciado mi conducta é intervenido en mis actos; se carearía conmigo á mis acusadores, que quedarían confundidos con mis réplicas y anonadados con las reconvenciones que yo les haría por la falsedad y mala fe con que han hablado; se procedería á todas las averiguaciones que fuesen precisas en cada caso; exhibiría yo cuantas pruebas se necesitaran en todas ocasiones. Y á fuerza de examinarlo todo, prolija y concienzudamente, y después de depurar hasta el menor de los acontecimientos con todo el rigor de la más estricta

ta justicia, se acabaría por deslumbrarse con el brillo de la verdad que luciría clara, radiante y majestuosa como la luz del sol, pregonando mi inocencia en alta voz por todas partes, y la humillación de mis calumniadores, que no podrían nunca alzar los ojos delante de mí, mientras que yo, gracias á Dios, llevo siempre mi frente levantada!

Luego continúa Arellano declarando, para dar mayor fuerza á sus palabras: "que ha sido amigo mío, y que le prodigué y le prodigo aún elogios *no merecidos*, por los cuales me estaba antes *profundamente reconocido*."

En cuanto á lo primero, no es verdad, porque Arellano nunca ha sido amigo mío. En cuanto á lo segundo, es muy cierto: le prodigué elogios, cuando los mereció, y se los prodigaré toda mi vida en aquello que lo merezca, porque la justicia es la que me guía. Dice que ya no me está reconocido: es natural, los ingratos jamás agradecen nada, y como me he propuesto probar que Arellano adolece de este defecto en alto grado y no obstante que su ingratitud queda ya confesada por él mismo en las anteriores palabras, debo advertir que no son sólo elogios lo que le he prodigado, sino servicios en cuanto me ha sido posible. Desde su mejor época, durante la presidencia de su querido amigo el general Miramón, ya le serví hablando en favor suyo al presidente, que estaba altamente disgustado por el abandono en que tenía al batallón de artillería de montaña que mandaba, hasta el grado de asegurarme Miramón que iba á darle su licencia absoluta un día que visitamos su cuartel y supo que el coronel no iba allí casi nunca.

Cuando las tropas mexicanas que estaban á mis órdenes se movieron de su campo de San Juan Ixtengo con dirección á Puebla, á principios de 1863, se me presentó en aquel punto el coronel Arellano, reconociendo la Intervención y ofreciendo sus servicios. Y aunque en aquellos momentos no lo necesitaba, ni tenía colocación que darle, lo admití, y lo tuve siempre á mi lado, con las consideraciones de su empleo y las distinciones de mi amistad.

En 20 de mayo del mismo año, organicé un batallón de artillería y nombré coronel de dicho suerpo á Arellano, dándole además la investidura de inspector y comandante general del arma.

A nuestra llegada á México, la asamblea de notables dió un voto de gracias al ejército que yo mandaba por los servicios que había

prestado en todo el tiempo de la campaña,* en el cual no estaba comprendido Arellano, porque se había incorporado á última hora; y sin embargo lo hice partícipe de esta gracia con las palabras más lisonjeras.

En julio del mismo año se dió una nueva organización al ejército y yo cuidé que el coronel Arellano quedase en mi división, á cuyo efecto lo nombré en ella comandante general de su arma.

Pocos días antes de mi salida de México á la campaña del interior, se quitó por el ministerio de guerra al coronel Arellano el mando que tenía y se dió al teniente coronel Peza; pero yo influí para que se le devolviera á Arellano, y lo conseguí.

En la batalla de Morelia, de 18 de diciembre del propio año, no pude redactar el parte por impedírmelo mi herida, y encargué de este trabajo al coronel Arellano, como una prueba de absoluta confianza.

En seguida pedí para Arellano la cruz de la Legión de Honor, que yo mismo coloqué en su pecho en la plaza de armas de Morelia en presencia de las tropas, y dando al acto la mayor solemnidad.

A menudo recibía yo comunicaciones del ministerio de la guerra contra el coronel Arellano por las quejas del director de artillería general don Bruno Aguilar, que jamás recibió los documentos correspondientes al batallón de Arellano, ni éste se entendió para nada con dicho director, y yo defendía siempre á Arellano del justo enojo de sus superiores.

Apenas llegué de Europa y encontré á Arellano en México, comencé de nuevo á ejercer con él los oficios de mi buena amistad, haciendo al Emperador tantos y tan repetidos elogios de dicho jefe, que á fuerza de trabajar logré por fin disponer en su favor el ánimo del Soberano, hasta el grado de convertir la prevención que S. M. tenía contra él, por sus malos antecedentes, en un afecto tan distinguido, que á él debió Arellano por mis esfuerzos, la buena posición que tuvo luego en Querétaro, las condecoraciones que recibió y su elevación al

* He aquí el voto:

La Asamblea de notables ha acordado se dirija á V. E., á sus compañeros los generales, jefes y oficiales, y al valiente y sufrido ejército que es á sus órdenes, un voto de gracias por los nobles é importantes servicios que en estas graves circunstancias han prestado á la patria. Con hijos tan dignos de ella, tiene México el derecho de esperar un porvenir risueño. Por lo que á nosotros toca, nos es infinitamente grato ser en esta vez intérpretes de los sentimientos de la Asamblea, que rogamos trasmita V. E. á sus subordinados.

rango de general, que, sin esta circunstancia, no habría obtenido en muchos años.

Finalmente, para no hacer más largo este relato, el 19 de junio de 1867, antes de separarme del poder que el Emperador se dignó confiarme, mandé expedir el despacho de general de brigada al mencionado Arellano, porque me lo pidió, diciéndome que se le había extraviado el que le expidió S. M. y llevé mi aprecio hasta el grado de que fuese extendida dicha patente con el carácter de *general de artillería*, cuya categoría no existe en el ejército mexicano, por lo cual tuve que hacer uso de las omnímodas facultades que el Emperador me concedió, y dispuse que se salvase esa dificultad poniendo estas palabras: "Con dispensa de la Ley."

No paró aquí mi amistad, sino que á la vez mandé que se le expidiese el diploma de grande oficial de la Aguila Mexicana, que también me dijo se le había extraviado.

Este ha sido mi comportamiento con Arellano. Su ingratitude, de manifiesto está en su folleto, y de ella no habría yo hecho mención alguna, si él no hubiera tocado este punto para aparentar una imparcialidad que no conoce, porque esto me ha puesto en la necesidad de demostrar más clara su ingratitude á fin de que se tenga presente que quien así paga los favores que ha recibido, no puede abrigar ningún sentimiento noble, y obra siempre bajo las inspiraciones de una alma depravada.

Por lo demás, en cuanto á las injurias que contiene el resto de su introducción, se las perdono y lo desprecio, porque lo considero indigno hasta del honor de que yo se las conteste.

I

Cómo escapé de caer en manos de los republicanos*

Dice Arellano que "las principales causas del desenlace que terminó en Querétaro de una manera sangrienta el trágico drama del

* Creemos útil para el lector, resumir cada capítulo de la obra de Arellano, que refuta Márquez.

Resumen del presente:

La verdadera causa de la caída del Imperio Mexicano es desconocida.—La traición de López fué una de las consecuencias de la del general Márquez.—Origen de este libro.

Imperio de Maximiliano, son generalmente desconocidas, y por eso se ha propuesto darlas á conocer para cumplir así los últimos deseos del Emperador y del general Miramón."

Muy bueno sería este pensamiento de Arellano, y mucho debería agradecersele si hablase la verdad; pero no puede, porque en ese sangriento desenlace él es el principal culpable; más todavía que el mismo López, quien no habría podido traicionar, si Arellano, engañando al Emperador con mentidas palabras, hijas de la ignorancia, de la presunción, de la envidia y de la mala fe, no lo hubiera retenido en Querétaro hasta que fué sacrificado en el cerro de las Campanas, empujado por los malos consejos de Arellano.

Así, pues, como yo fuí verdadero amigo del Emperador Maximiliano y del general Miramón, y como Arellano no puede cumplir con la tarea que emprendió, por las razones manifestadas, yo me encargo de ella, tanto para tributar un homenaje á la memoria de S. M. y de Miramón, cuanto para evitar que el mundo sea engañado con las falsedades de Arellano.

Asienta el folletista que yo salí de mi país protegido por Porfirio Díaz. Para escribir tamaño desatino se necesita hacerlo á dos mil leguas de distancia, donde no se conoce ni á México ni á sus hombres, y tener todo el atrevimiento de Arellano para mentir.

¿Cómo se hace á Porfirio Díaz el agravio de creerle capaz de semejante acción que le hubiera ocasionado una gran responsabilidad con su gobierno, el reproche de todo su partido, y su completo desprestigio, como hombre público? ¿Y cómo se puede suponer que yo fuera tan estúpido que me pusiera en las manos de Porfirio Díaz para salvarme?

Respondo con mi cabeza de que nadie cree semejante disparate. Y el primero que está convencido de la imposibilidad de lo que dice, es el mismo Arellano, que sólo ha escrito así para calumniarme, fjado en la distancia en que se encuentra y en la credulidad de sus lectores, que desconocen enteramente á mi país.

Seis meses estuve oculto en la ciudad de México, en el centro de ella, atormentado con los padecimientos de mis compañeros de infortunio; sufriendo con las disposiciones que se dictaban en su contra; casi presenciando los fusilamientos de Vidaurri y de O'Horán;* y es-

* Véase en el apéndice, Aprehensión y fusilamiento del general Tomás O'Horán. Entrevista con su aprehensor, general Manuel F. Loera.